

LA PSICOLOGÍA SOCIAL: ¿EN BUSCA DEL PARADIGMA PERDIDO?

Tomás IBÁÑEZ*

RESUMEN

Se procede a una confrontación de las tesis relativas al estatus científico de la Psicología Social analizando las implicaciones de la «crisis» por la que pasa la disciplina. Se formula una serie de consideraciones teóricas y metodológicas para reorientar la Psicología Social en una dirección acorde con la «nueva Epistemología» y con el desarrollo de las «ciencias postmodernas». El análisis de la «acción», el paradigma de la «complejidad» y los «procesos autoorganizativos» constituyen los conceptos claves de esta reorientación.

ABSTRACT

The different points of views about the scientific status of Social Psychology are confronted and the implications of the «crisis» of the discipline are analyzed. Some considerations are formulated in order to reorient Social Psychology in a direction close to the «new Epistemology» and to the development of «post-modern sciences». The analysis of «action», the «complexity paradigm» and «self-organizing processes» are the key concepts of this new orientation.

*Departamento de Psicología Social, Universitat Autònoma de Barcelona.

RÉSUMÉ

Les différentes thèses relatives au status scientifique de la Psychologie Sociale sont confrontées parallèlement à une analyse des implications de la «crise» qui secoue la discipline. Des considérations théoriques et méthodologiques sont esquissées à fin de réorienter la Psychologie Sociale dans la direction marquée par la «nouvelle Epistemologie» et par le développement des sciences «post-modernes». L'analyse de «l'action», le paradigme de la «complexité» et les «processus auto-organizateurs» constituent les concepts fondamentaux de cette réorientation.

La «crisis» de la Psicología Social ha ocupado durante tanto tiempo la escena de la disciplina que se tiene ganas de declararla «superada» aunque solo sea por cansancio. De hecho, se dan actualmente dos posturas netamente contrapuestas. La primera, muy extendida en Estados Unidos, consiste en evacuar la «crisis» volviendo con renovado entusiasmo a la práctica investigadora que estaba al uso antes de que esta estallara, velando, eso sí, por un mayor contacto con la realidad social y por una mayor «pertinencia social» de los conocimientos producidos. La segunda consiste en explorar las vías abiertas por el cuestionamiento, a veces demoledor, al que ha sido sometida la Psicología Social «establecida».

En este contexto nos ha parecido que podía ser útil realizar un alto en el camino e intentar hacer el punto de la situación, tanto a nivel teórico como metodológico.

LA CIENCIA PSICOSOCIAL

La Psicología Social: ¿disciplina autónoma o enfoque teórico en las ciencias humanas?

No es difícil definir con aparente precisión el objeto propio de la Psicología Social recurriendo a los textos clásicos de la disciplina. La «conducta social», la «interacción social», las «relaciones interpersonales», la «dimensión social de lo psicológico», el «ser social» constituyen, entre otros, unos objetos suficientemente importantes y claros para justificar la existencia y la necesidad de una disciplina científica diferenciada que pretenda dilucidarlos.

Sin embargo, este convencimiento se resquebraja cuando se observa la insistencia y la vehemencia con las cuales los psicólogos proclaman reiteradamente la singularidad y la especificidad de su disciplina. Las ciencias que pugnan con un objeto claramente definido ni siquiera necesitan afirmar que lo tienen.

De hecho, algunos creímos durante un tiempo que la Psicología Social no se definía por un objeto específico sino que constituía una forma específica de abordar los procesos sociales y psicológicos (IBÁÑEZ, 1975; ZIMBARDO, 1975). Existía, por así decirlo, un *enfoque psicossocial* que se podía aplicar tanto al objeto psicológico como al objeto sociológico en cualquiera de sus manifestaciones; y había, en definitiva, una manera psicossocial de hacer psicología y de hacer sociología. Esta postura permitía que la Psicología Social se instalara a sus anchas en todo el campo de las ciencias humanas y sociales, pero carecía de una base argumentativa suficientemente sólida frente a los que propugnaban una *no other science land* para la Psicología Social (MOSCOVICI, 1970)¹.

Serge Moscovici fue, en Europa, uno de los defensores más contundentes de la especificidad epistemológica de la Psicología Social, definiendo su objeto en términos de *una relación de orden dos*. Con acentos que evocaban el interaccionismo simbólico y el concepto del «otro generalizado» (MEAD, 1965), Moscovici ubicaba el objeto de la Psicología Social en la relación entre un *Ego* y un *Alter*. Esta conceptualización «tripolar» del objeto de la Psicología Social no hacía sino vestir con un «toque» de distinción teórica la definición más usual a partir de los años cincuenta, es decir, la definición del objeto psicossocial en términos de *interacción social*.

La noción de interacción social ha sido cuestionada en fechas recientes (PAGÉS, 1980) y parece inadecuada, o por lo menos insuficiente, para dar cuenta de la Psicología Social en tanto que empresa científica. Las aportaciones críticas de GERGEN (1973) y de HARRÉ (1977), entre otros, han contribuido de manera decisiva a crear un sentimiento de insatisfacción con el concepto tradicional de la disciplina y a fomentar el interés por hallar una nueva formulación. En el momento actual, nos encontramos en la situación, quizás estimulante pero ciertamente incómoda, de considerar que la Psicología Social tiene, indudablemente, un objeto propio, pero de estar en la imposibilidad de acotarlo con plena seguridad.

¹ Es su último manual Moscovici se acerca a la postura de Zimbardo hablando de la «mirada psicossocial» como de una manera peculiar de enfocar los problemas sociales y psicológicos (MOSCOVICI, S., *Psychologie Sociale*, P.U.F., París, 1984).

La Psicología Social como ciencia bisagra

Las dificultades con las que se tropieza en el empeño de definir la Psicología Social no pueden extrañar a quienes conozcan la historiografía de la disciplina y las condiciones de su génesis.

La naturaleza originariamente *intersticial* (TORREGROSA, 1974) de una disciplina nacida a principios de este siglo en la *interface* de la Psicología y de la Sociología, la predisponían, sin duda, a conocer un estado de permanente tensión y de perpetua búsqueda de identidad. Disciplina «fronteriza» por excelencia, la Psicología Social ha desgastado buena parte de sus energías en actividades de vigilancia, de defensa y de extensión de las ambiguas fronteras que la separan de sus potentes vecinos. La historia de la disciplina es, en parte, la historia de una prolongada batalla para definir y conquistar su propio espacio de actividad científica, y está marcada por incesantes incursiones en las áreas limítrofes, incesantes tentativas de ser anexionada y una perpetua exigencia de reconocimiento científico. Esta situación explica quizás la fama de pugnacidad y la agresividad intelectual que se atribuye, con cierta frecuencia, a los psicólogos sociales por parte de quienes acampan en sus fronteras.

Paralelamente al desgaste de energías en el empeño de definir y de proclamar una identidad propia, otra línea de tensión movilizó de forma esterilizante la actividad de los psicólogos. En efecto, la línea de participación entre Psicología y Sociología tendió a situarse en el territorio mismo de la Psicología Social dividiéndolo en zonas de influencia de cada una de las dos disciplinas. La rivalidad entre la «P.S.S.» (Psicología Social Sociológica) y la «P.S.P.» (Psicología Social Psicológica) creó una situación de hostilidad, de incomunicación y de desconocimiento que impidió sacar partido de la diversidad metodológica y teórica congregada en el campo de la Psicología Social.

La condición de *disciplina abisagra* también ha conllevado efectos positivos. Las tensiones que atraviesa la Psicología Social constituyen un acicate que mantiene despierto el espíritu crítico y autocrítico, e impide que la disciplina se adormezca en las aguas tranquilas pero soporíferas de las ciencias felices. Por otra parte, el «control en las fronteras» no ha sido lo suficientemente riguroso como para impedir que el terreno de la Psicología Social sea fertilizado por las aportaciones de sus vecinos o para imposibilitar que se efectúe en su seno una constante y productiva mezcla de conceptos, de teorías, de métodos y de resultados empíricos.

La situación estratégica de la Psicología Social le proporciona una doble

perspectiva sobre las producciones y los procesos humanos, que se suma a su propia perspectiva enriqueciéndola de forma notable. Pero sobre todo, esta situación, de frontera, de encrucijada y de relativa indefinición, posiciona de entrada a la Psicología Social en inmejorables condiciones para responder a las nuevas exigencias del quehacer científico, que se expresan hoy por hoy en términos de *interdisciplinarietà* (JIMÉNEZ BURILLO, 1983).

La crisis de los años setenta

Las tensiones, los conflictos, las ambigüedades en cuanto a la propia identidad condujeron a la Psicología Social a una situación de crisis manifiesta a finales de los años sesenta. Las características de esa crisis, así como las opciones científicas que pone en juego, han sido extensamente debatidas en el seno de la Psicología Social española (GARRIDO, 1982; IBÁÑEZ, 1983a; SARABIA, 1983, entre otros). Se ha hablado de ritualismo metodológico, de pérdida de contacto con los procesos psicosociales reales, de carencia de relevancia tanto teórica como práctica, de las limitaciones del método experimental, de la inadecuación del neopositivismo latente en Psicología Social, etc. Todos estos «factores de crisis» han desempeñado indudablemente un cierto papel, pero parece importante señalar que la Psicología Social está, de hecho, en *avance de una crisis* respecto de la Psicología en general. En efecto, la Psicología Social era ya cognitivista cuando la Psicología desconocía aún, en su mayoría, el sentido de esa palabra. Esta afirmación es ciertamente criticable si se considera el cognitivismo en su sentido técnico más estricto (GARZON, 1984) reducido a las características precisas que le imprimió la Revolución cognitivista de finales de los sesenta en Psicología. Pero si se toma en consideración una concepción más amplia del cognitivismo, que entronca con la filosofía subyacente que inspiró la llamada Revolución cognitivista y con la base epistemológica, no siempre claramente formulada en la que se apoya, no cabe duda que la Psicología Social se anticipó con mucho a lo que podía tener de más radical, de más innovador y de más prometedor la Psicología cognitivista.

El conductismo ha tenido y sigue teniendo, indudablemente, una cierta incidencia en el campo de la Psicología Social, pero hace tiempo que ocupa una situación marginal, sobre todo en Europa; y sus teorías más ambiciosas, como por ejemplo la teoría del intercambio social, han sufrido penetrantes críticas (MORALES, 1981). En el campo de la Psicología, el conductismo sigue disponiendo de sólidos núcleos de resistencia y aún son precisos

incisivos ataques teóricos para demostrar su inadecuación (SEOANE, 1981).

Simplificando el panorama y considerando únicamente las grandes tendencias, se puede considerar que la Psicología está terminando de superar una crisis que marca su transición desde planteamientos básicamente conductistas y neoconductistas hacia formulaciones decididamente cognitivistas. Pero lo está haciendo en el preciso momento en que la Psicología Social ha entrado en una fase de efervescencia, que puede conducirla a abandonar el cognitivismo en dirección a nuevos horizontes epistemológicos.

Intentaremos acotar esos horizontes, pero es preciso examinar previamente algunos de los principales problemas que la crisis de la Psicología Social ha contribuido a revelar.

El doble relativismo de la Psicología Social

Todos los saberes están condicionados sociohistóricamente y son, por lo tanto, *relativos*. Esto no implica solamente que el corpus de conocimientos que caracteriza una ciencia se modifica con el curso del tiempo por adjunción de nuevos elementos de saber, por rectificación de saberes establecidos o por eliminación de saberes caducos. Implica también que una teoría, un concepto científico, un resultado empírico, en definitiva, cualquier elemento de saber cambia de significado cuando se le contempla desde un contexto sociohistórico distinto a aquel en que se ha elaborado. La Psicología Social no escapa, por supuesto, a este relativismo. Es obvio que la Psicología Social no es la «misma cosa» para McDougal a principios de siglo, para Lewin en los años cuarenta o para Gergen en los ochenta, y no solamente porque se haya ampliado su campo e incrementado su contenido (IBÁÑEZ, 1983b).

Pero la Psicología Social presenta, además, una segunda línea de relatividad que la diferencia de otras disciplinas científicas. En efecto, los procesos, los mecanismos y los fenómenos que constituyen sus objetos de estudio están, ellos mismos, sociohistóricamente determinados y varían según se modifica el espacio sociotemporal en el que se manifiestan. La caída de una piedra obedece a las mismas leyes desde hace milenios, pero es probable que la génesis y la función de las actitudes, los procesos de inferencia, la dinámica interna de los grupos y hasta el propio fenómeno grupal, por citar algunos ejemplos, se hayan modificado en los últimos siglos y quizás en las últimas décadas (GERGEN, 1973).

La Psicología Social se caracteriza, por lo tanto, por una *doble relatividad* intrínseca, que le confiere un estatus particular dentro del campo de las ciencias. Es cierto que esta doble relatividad empieza a ser considerada como una característica que afecta a todas las ciencias, incluida la Física, a partir del momento en que la astrofísica más moderna ha puesto de relieve el carácter evolutivo del propio Universo; pero la diferencia de escala temporal sigue constituyendo un motivo suficiente para diferenciar cualitativamente el campo de las ciencias sociales. En cualquier caso, es claro que no se puede prescindir de las consecuencias epistemológicas generadas por la doble relatividad de nuestra disciplina a la hora de acotar su concepto.

El «Principio de indeterminación» en Psicología Social

Muchos epistemólogos hacen suya la concepción fenomenológica según la cual es imposible acceder a la realidad («en sí»), afirmando que la realidad tal y como la conocemos científicamente es una *construcción* engendrada por la interacción entre nuestros instrumentos teórico-prácticos y la propia realidad. Cuando se aplica una mirada científica a un objeto «real» se construye un objeto «conocido» que se diferencia necesariamente del primero. Este principio, válido para todas las ciencias, adquiere una tonalidad peculiar en el seno de las ciencias sociales. En efecto, los fenómenos físicos suelen oponer una serena indiferencia hacia las teorías que tratan de ellos, pero los fenómenos humanos y sociales suelen acusar el impacto de las teorías que los explican o que los describen. Las teorías sobre las conductas modifican las conductas, y el saber producido sobre lo social modifica la sociedad. Quizás fuera Freud quien sacase las consecuencias prácticas más rentables de esta constatación, pero, en cualquier caso, es obvio que la Psicología Social no escapa a esta característica general de las ciencias humanas. La «reinyección» del saber psicosociológico en la trama misma de los fenómenos estudiados por la disciplina nos conduce a una paradoja que no deja de recordar el principio de indeterminación formulado en mecánica cuántica: cuanto más exacto y preciso sea el saber constituido sobre un fenómeno, mayor será la modificación sufrida por el objeto estudiado. Conocer con precisión la localización de una partícula implica modificar drásticamente su movimiento, y recíprocamente.

El saber psicosocial transforma la sociedad en la medida en que esta lo asimila y lo integra. Independientemente de que se considere que este proceso transformador es rápido y notable o bien lento e imperceptible, queda

claro que cuanto más preciso y exacto sea el saber elaborado, cuanto mejor se aproxime a su objeto, más profundamente lo modificará. La consecuencia epistemológica de esta situación aparece con claridad. Cuantas mayores garantías tengamos acerca de la realidad, o del «carácter de verdad», del conocimiento elaborado sobre un proceso psicosocial, mayores garantías tendremos también de que ese conocimiento será falso en un plazo corto. Elaborar un conocimiento psicosocial de elevada «verosimilitud» (POPPER, 1977) es también elaborar un conocimiento erróneo, en la medida en que el objeto estudiado deja de tener, después de ser estudiado, las características que lo definían durante su estudio.

El problema de fondo: la crisis del paradigma de las ciencias modernas

Son muchos los escollos con los que tropieza una conceptualización de la Psicología Social que no sea meramente ritualista o superficial, y parecen innumerables los problemas con los que se enfrenta la disciplina, pero esta situación debe interpretarse más como un signo de vitalidad que como un síntoma de degeneración.

En efecto, la naturaleza de la crisis por la que atraviesa la Psicología Social constituye una indicación de que esta disciplina es mucho más sensible que muchos otros sectores de las ciencias humanas a los grandes cambios que han empezado a modificar en profundidad la actividad científica.

La crisis de la Psicología Social es, por así decirlo, una «crisis en la crisis» que se enmarca de lleno en la quiebra del paradigma científico sobre el que se ha sustentado la ciencia moderna durante los tres últimos siglos. El paradigma galileo-newtoniano ha dejado de constituir el marco de referencia y el cauce obligado para la producción del conocimiento científico. La filosofía neopositivista, que constituía la expresión más sofisticada de ese paradigma, ha dejado de constituir la base epistemológica para la valoración del conocimiento científico. El principio de legalidad perenne, el determinismo estricto, la causalidad lineal, el postulado de simplicidad, el concepto de «objeto», el criterio de «objetividad» constituyen algunos de los fundamentos de las ciencias modernas que están siendo cuestionados de manera radical por las que se vienen llamando ciencias postmodernas. Existen objetos físicos que no pueden ser tratados desde la perspectiva galileo-newtoniana, con lo que esta implica de reversibilidad temporal, de linealidad, de determinismos causales, y que requieren otro paradigma cien-

tífico. En el caso de la Psicología Social, la naturaleza de sus objetos la sitúa de entrada fuera del modelo galileo-newtoniano y, sin embargo, este modelo ha constituido hasta la actualidad el marco epistemológico utilizado por las ciencias humanas para conceptualizar y tratar sus objetos (IBÁÑEZ, 1982). Esta contradicción radical explica, probablemente, la relativa esterilidad de las ciencias humanas, pero el hecho de que esta contradicción empiece a aparecer con fuerza en el seno de la Psicología Social anticipa una reorientación decisiva que compensa ampliamente el malestar creado por una atmósfera de crisis.

Prolegómenos a la postcrisis en Psicología Social

Lo que parece quedar más claro en el actual momento de la Psicología Social solo puede formularse en términos negativos. Empezamos a saber lo que *no* es la Psicología Social o, mejor dicho, lo que *no* es y no puede ser el objeto y la epistemología de la disciplina.

La Psicología Social no tiene por objeto el estudio de la *conducta social*, ni tampoco el de la *interacción social*, entendida como intercambios o relaciones entre seres sociales que pueden definirse independientemente. La Psicología Social no puede encerrarse en el paradigma científico aún vigente ni fundamentarse en una epistemología de tipo lógico positivista como lo viene haciendo, y ni siquiera en una epistemología refutabilista de corte properperiano.

Para progresar hacia unas formulaciones que no sean positivistas, la Psicología Social debe plantearse y resolver una serie de cuestiones surgidas en los sectores más avanzados de la actividad científica. Esto implica, por supuesto, que se acreciente aún más el carácter interdisciplinar de la Psicología Social, sobre todo a nivel epistemológico, y que se rompa el aislamiento entre ciencias sociales y ciencias de la naturaleza, creando vías de interpenetración y de comunicación entre ambos sectores. Es cierto que el mimetismo de primer grado que ha marcado la relación de las ciencias humanas con las ciencias de la naturaleza ha tenido efectos sumamente negativos, introduciendo el fisicalismo, la experimentación por la experimentación y la simplificación como paradigma, en el seno de las ciencias humanas. Pero el mimetismo de segundo grado que consiste en hacer como las ciencias modernas de la naturaleza y edificar, al igual que ellas, una frontera impermeable entre ambos sectores, reivindicando la incomparabilidad y la inconmensurabilidad de sus objetos específicos, también

produce efectos negativos. Uno de los más significativos consiste en impedir que los psicólogos sociales se percaten de las profundas similitudes y afinidades que presentan sus objetos de estudio y los objetos propios de las ciencias postmodernas, estableciendo un intercambio conceptual entre los dos sectores.

Entre los temas que la Psicología Social deberá abordar destacaremos los siguientes:

– Habría que valorar las posibilidades y las consecuencias de introducir en Psicología Social el naciente «paradigma de la complejidad». Este paradigma implica la necesidad de recurrir a un pensamiento complejo, capaz de tolerar las contradicciones, de afirmar y negar simultáneamente, de integrar aspectos antagónicos en conceptos unitarios y de abordar, en definitiva, los objetos, necesariamente complejos, que configuran su campo de actividad. El rechazo del postulado de la simplicidad, es decir, de la creencia de que lo complejo es reductible a lo simple y de que debe serlo, constituiría un cambio teórico y metodológico fundamental para la disciplina (MORÍN, 1981).

– Habría que valorar lo que puede aportar a la Psicología Social el estudio, por fin posible, de los sistemas complejos autoorganizativos, y las formulaciones que han dado Von Foerster en términos de creación de orden por el ruido, Prigogine en términos de creación de orden por fluctuación y Atlan en términos de creación de orden por la complejidad (PRIGOGINE, STENGERS, 1984).

– Habría que calibrar las consecuencias epistemológicas que puede tener para las ciencias humanas el llamado «realismo científico», en cuya reformulación están empeñados epistemólogos y físicos teóricos de corte antipositivista (BASHKAR, 1978).

– Habría que valorar el impacto que puede tener la introducción de nuevas lógicas de tipo no aristotélico, del recurso a definiciones que no sean operacionales, de la utilización de conceptos «imprecisos» y de matemáticas adaptadas al estudio de conjuntos difusos y de cambios catastróficos (MOLES, 1981).

Esta lista no pretende ser exhaustiva, y tan solo constituye un botón de muestra del tipo de cuestiones que tiene planteadas la Psicología Social y que no puede eludir si quiere desembocar en un concepto adecuado de su objeto y en un tratamiento correcto del mismo.

La posterisis de la Psicología Social: análisis de la acción y procesos autoorganizativos en los sistemas complejos

Los elementos susceptibles de ofrecer salida a una crisis, que está aún bastante alejada de su final, parecen articularse sobre dos ejes principales: el análisis de la *acción* y el tratamiento de los *sistemas complejos autoorganizativos*. Todo ello arraigado en una epistemología *realista* y enmarcado en un *paradigma de la complejidad*.

El concepto de «acción» como concepto nuclear de la Psicología Social y sustitutivo del concepto de «conducta social» está ya esbozado en la Psicología hórmica de W. McDougal y en la Psicología intencional de Brentano. Pero el resurgimiento de este concepto en Psicología Social y su elaboración moderna han exigido la conjunción de tres fenómenos que se han producido en la segunda mitad del siglo XX. Primero, la crisis letal del neopositivismo, con sus múltiples repercusiones en ciencias humanas, que ha facilitado, entre otras cosas, la extensión y la vigorización del interaccionismo simbólico y de sus derivados en el campo de la Psicología Social. Segundo, el nuevo auge de la fenomenología, aligerada de la pesada y a veces farragosa retórica de la filosofía alemana, y la reintroducción del tema de la consciencia en una Psicología que ya no teme autocalificarse de «mentalista». Tercero, y este es quizás el fenómeno más determinante, la repercusión que ha tenido la obra del segundo Wittgenstein sobre un sector de la Psicología Social inglesa a través de la escuela filosófica postwittgenstiana de Oxford.

El concepto de acción es un concepto complejo que no se puede expresar en la forma concisa y rigurosa de una breve definición operacional. Como no se trata aquí de analizar en profundidad la caracterización de la acción y de entrar en el detalle de los requisitos que conlleva la explicación de la acción, digamos de forma esquemática que la acción implica, por supuesto, movimientos corporales (iniciación, mantenimiento, supresión de conductas) por parte del agente o del actor, pero estos movimientos están dirigidos a un fin y son controlados por el agente en función de los objetivos perseguidos. La acción implica criterios de éxito o fracaso conocidos por el propio actor, y que utiliza para calibrar y regular el transcurso de su actuación. La acción es un concepto *intencional* que está vinculado a otros conceptos intencionales, como son las intenciones, los deseos o las creencias, y que requieren una *explicación hermenéutica* que se adentre en el difícil tratamiento de la significación, o si se quiere, del nivel semiológico en que está plenamente inmerso el desarrollo de la acción (GAULD, SHOTTER,

1977). No es necesario ir más lejos para ver que la problemática de la acción exige entre otras cosas:

- Plantear la compleja cuestión del tratamiento de las intenciones y de su vinculación con la esfera de las conductas (TAYLOR, 1964).
- Tomar nuevamente en consideración el alcance y las características de las explicaciones teleológicas (VON WRIGHT, 1979).
- Considerar un tipo de relación causal no humeana, en la cual los elementos antecedentes están relacionados de forma no contingente con sus consecuencias.
- Utilizar una lógica que admita el tratamiento de los silogismos prácticos (VON WRIGHT, 1979).

Pese al carácter incipiente de la problemática de la acción en el ámbito de la Psicología Social, existe ya un valioso material en el que destacan los trabajos de GAULD y SHOTTER (1977), de BRENNER (1980), VON CRANACH y HARRÉ (1982), de MOLES y ROHMER (1983).

En la medida en que la acción humana es engendrada y dirigida «desde dentro» por el propio agente que la desarrolla, es claro que puede ser caracterizada como un proceso cuyas condiciones de posibilidad no están heterodeterminadas, sin que se asimile por ello al mero desarrollo de un programa interno de ejecución. Esta característica de la acción la conecta *directamente* con una problemática que no ha sido introducida aún, de forma explícita, en el campo de la Psicología Social, a pesar del innegable interés que presenta para la reformulación o reconstrucción de la disciplina. En efecto, la problemática de los sistemas complejos autoorganizativos, tal y como se está elaborando en la termodinámica de los estados alejados del equilibrio, en la biología molecular o en neurofisiología, se enmarca en un trasfondo teórico que presenta marcadas afinidades con el que sustenta el análisis de la acción humana (causalidades no lineales, divergentes, no humeanas, carencia de determinaciones estrictas, importancia de los elementos aleatorios, impredecibilidad estricta de los efectos, autoestructuración de los procesos, creación interna del propio orden, epistemología anti-positivista, etc.).

Sin embargo, no cabe duda de que la sociedad constituye, por excelencia, un sistema sumamente complejo y totalmente autoorganizativo, salvo que se establezca a modo de petición de principios alguna fuerza suprasocial y trascendental que actúe como elemento organizador externo. Los análisis de los fenómenos y de los procesos sociales difícilmente pueden

ignorar los saberes que se están constituyendo actualmente sobre las características y el funcionamiento de este tipo de sistema (IBÁÑEZ, 1984). Pero es más, el nivel microsical, el sistema de los actos de un ser social e incluso el aparato psíquico, por utilizar los términos de Freud, pueden y deben considerarse como sistemas complejos autoorganizativos. La acción, por ejemplo, está estructurada por el medio social, simbólico, material, en el que se desarrolla, pero constituye a su vez un elemento estructurante de ese medio; en ese sentido se puede decir que la acción genera sus propias condiciones de desarrollo, a la vez que está condicionada por ellas, dejando en este proceso un lugar importantísimo al juego de los elementos aleatorios.

Análisis de la historia reciente de la Psicología Social y prospectiva para la segunda mitad de los años ochenta

La conceptualización de la Psicología Social que se ha esbozado hasta aquí puede dar la impresión de un ejercicio altamente especulativo, a pesar de los múltiples puntos de referencia bibliográficos que la acompañan.

Sin embargo, el análisis de las últimas décadas de la Psicología Social, la detección y la puesta en evidencia de las líneas maestras de su reciente evolución, así como la proyección de estas líneas en el futuro inmediato de la disciplina, parecen aportar elementos de validación en relación con el análisis que se ha realizado y con las conclusiones que se han sugerido.

Pese a la ausencia de una perspectiva temporal suficientemente dilatada, no es quizás muy aventurado situar ya la obra de Fritz HEIDER (1958), con todas las influencias lewinianas que conlleva, como el punto de arranque y el foco de máxima influencia en la configuración de la Psicología Social contemporánea, es decir, de la Psicología Social que se ha elaborado durante el último cuarto de siglo.

La obra de Heider anuncia la consolidación del cognitivismo en Psicología Social y marca el inicio de una era de esplendor cognitivista para la disciplina. Pese a la tensa resistencia de neoconductistas y conductistas radicales, como por ejemplo Berkowitz, Behm, Zajonc, no cabe duda de que las teorías de la coherencia cognitiva, surgidas directamente de la obra de Heider, dominaron la escena de la Psicología Social a lo largo de la década de los sesenta. Tan solo comenzaron a retroceder cuando se intensificó la pujanza de las teorías de la atribución, nacidas ellas también de la obra heideriana. Las teorías de la atribución fueron tomando el relevo a comienzos

de los setenta para terminar por imponerse de forma rotunda a finales de la década, como lo demuestra el análisis bibliométrico de la producción psicosocial durante ese período (FISH, DANIEL, 1982; SMITH, RICHARDSON, HENDRICK, 1980).

El análisis de ese período pone de manifiesto una evolución del cognitivismo psicosocial que pasa de unas formulaciones radicalmente individualistas (procesos cognitivos intraindividuales de la teoría de la disonancia) hacia unas formulaciones mixtas, en las que permanece el aspecto intraindividual pero también comienza a aparecer la vertiente interindividual (teorías de la atribución).

La posición dominante de las teorías de la atribución empieza a perder fuerza a principios de los ochenta ante la progresiva consolidación de la teoría de la gestión de impresiones (*impression management theory*). Esta teoría constituye, en cierta medida, una prolongación de las teorías de la atribución, pero se nutre también del interaccionismo simbólico y de la microsociología dramática de Goffman. La teoría de la gestión de impresiones sigue siendo parcialmente cognitivista y sigue constituyendo una mezcla de aspectos intraindividuales e interindividuales, aunque la orientación interindividual adquiere aquí un peso más importante; pero esta teoría anuncia de forma perceptible una reorientación de la Psicología Social fuera del campo estrictamente cognitivista. En efecto, el acento que pone la teoría de la gestión de impresiones sobre la interacción estratégica (siempre propositiva) y sobre la dimensión hermenéutica del ser social abre el camino a la introducción de explicaciones teleológicas y de conceptos intencionales en el campo de la Psicología Social. Por otra parte, y en la medida en que las estrategias implican elaboración de planes de acción y decisiones que no son necesariamente «estímulo-dependientes», es obvio que la teoría de la gestión de impresiones abre directamente el estudio de la acción social y de lo que Rom Harré llama los «autonomismos» (HARRÉ, 1977).

Este breve examen histórico parece, por lo tanto, confirmar los rasgos básicos del concepto de Psicología Social que se han formulado previamente, es decir, la Psicología Social conceptualizada como ciencia de la acción y como ciencia de los procesos de tipo «auto»².

Es probable que estos rasgos se acentúen en la última parte de los ochenta, y esto obligará a la progresiva toma en consideración, hoy por

² Es curioso cómo el propio conductismo intenta integrar los aspectos de autodeterminación de la conducta aunque sea de la mano poco ortodoxa de Bandura.

hoy ausente, del papel desempeñado por los factores aleatorios en la construcción de la acción social y en la determinación del ser social.

En definitiva, parece que la era del cognitivismo social ha dado ya sus mejores frutos y que se inicia una andadura de signo distinto, caracterizada, además de por los elementos hasta aquí reseñados, por:

- Un enfoque decididamente «molar», perceptible en múltiples investigaciones (por ejemplo, RIDRUEJO, 1983) y que entronca con el área de la Psicología Ambiental.

- Una conceptualización interactiva de los fenómenos sociales, en la que estos son a la vez estructurantes/estructurados, determinantes/determinados (BANDURA, 1978).

- Una perspectiva historicista, en la medida en que las estrategias que presiden a las acciones, y los significados que utilizan y en los que se enmarcan, están históricamente marcados.

EL NIVEL METODOLÓGICO

La crisis por la que atraviesa el concepto de la disciplina repercute, sin duda alguna, en el plano metodológico quebrantando la confianza en los métodos más habitualmente utilizados en Psicología Social y suscitando la elaboración de una nueva instrumentación para dilucidar los procesos psicosociales. Pero de forma recíproca, también es cierto que la crisis conceptual ha sido propiciada en buena medida por el descontento existente respecto a la metodología vigente.

El problema de la experimentación

La adecuación de la experimentación de laboratorio ha sido cuestionada bajo una multiplicidad de puntos de vista. ORNE (1979) y ROSENTHAL (1979), entre otros, pusieron de manifiesto una serie de variables ocultas que interfieren subrepticamente en cualquier experimento psicológico (características de la demanda, sesgo del experimentador, efecto del experimentador...). KELMAN (1979) contribuyó a derrumbar el mito del «sujeto» aséptico. RING (1967) denunció la frivolidad de las cuestiones analizadas con la pesada instrumentación experimental. Luego vinieron críticas más fundamentales, como las de Gergen, referidas a la historicidad del fenómeno psicosocial, o las de Harré descalificando la aplicación de métodos paramé-

tricos a los objetos psicosociales constituidos por variables internamente interconectadas. Un investigador como P.E. Meehl, a quien no se puede denegar extraordinarias cualidades de experimentador, recogió en un texto clarividente (MEEHL, 1978) hasta 20 problemas fundamentales con los que se enfrenta la aplicación de métodos «duros» al estudio de objetos «blandos» como los que se presentan en el campo de la Psicología Social. El hecho de que muchos de los procesos investigados obedezcan a un principio de «causalidad divergente» o que su desarrollo presente similitudes con un «paseo aleatorio» constituye una serie de dificultades difícilmente superables. A estas dificultades se añaden, además, las que provienen de la absoluta incapacidad en que se hallan los investigadores para determinar cuáles son los «acontecimientos críticos» que han incidido en el desarrollo de un proceso psicosocial «natural». Añadir, a estas alturas, que no disponemos de auténticas unidades de medida y que la segmentación del «flujo conductual» en «clases de respuesta» es siempre arbitraria parece constituir un ensañamiento tan cruel como superfluo. Meehl añade a esta serie de 20 escollos, que son más que suficientes de por sí para considerar con cautela los «datos» experimentales, un argumento decisivo contra la «falacia de la hipótesis nula» y contra los índices de significatividad. En efecto, toda hipótesis nula es siempre falsa por principio en ciencias humanas, y el hecho de que no sea rechazada en un experimento únicamente se puede atribuir a la imperfección de los instrumentos utilizados. Esto conduce a una interesante paradoja, ya que la sofisticación metodológica y el incremento de la potencia de los instrumentos utilizados produce en ciencias humanas el efecto inverso al que produce en ciencias naturales.

El progreso metodológico incrementa en ciencias naturales el riesgo de que una hipótesis sea refutada, mientras que la debilita en ciencias humanas y sociales.

Es obvio que la antigua pugna entre los dos métodos de las ciencias sociales, brillantemente analizada por ALVIRA, AVIA, CALVO y MORALES (1980), subyace bajo la polémica en torno a la experimentación. Algunos han propugnado recurrir a la experimentación de campo como superación de los problemas planteados por la experimentación intramuros, y DECONCHY (1981) ha demostrado, en Europa, la fertilidad de esta opción metodológica, pero sin conseguir solventar los problemas de fondo. Estos problemas fueron planteados en tiempos ya remotos por Dilthey y los fenomenólogos alemanes cuando contrapusieron la comprensión a la explicación y descartaron la posibilidad misma de aplicar los métodos de las ciencias «naturales» a la comprensión del fenómeno humano.

La cuestión es ciertamente compleja y sería aventurado afirmar que existen ya elementos inapelables que inclinen la balanza hacia un lado u otro. Parece claro, sin embargo, que la virulencia con la cual se está desarrollando la «batalla metodológica» y el peso que se pone en la validez de las opciones metodológicas como condiciones *sine qua non* para desarrollar una Psicología Social satisfactoria son, por lo menos, desmesuradas.

El problema metodológico

Es cierto que las metodologías no son sino «teorías materializadas» o, como ya se ha dicho alguna vez, «teorías en acto» y que no pueden ser por lo tanto instrumentos neutros. Los presupuestos teóricos que subyacen en la elaboración de cualquier método determinan lo que el método es capaz de producir. El método utilizado condiciona el tipo de saber producido, define el tipo de objeto estudiado e incide incluso en la conformación del propio objeto sometido a investigación.

Pero es igualmente cierto que el método no es el factótum del saber producido y que el saber científico no se define por la utilización del «método científico» como pretendía un cierto positivismo. El trasfondo epistemológico y el marco teórico en los que se elabora el conocimiento desempeñan también un papel capital en la configuración de ese conocimiento. Se puede afirmar incluso que la teoría da cuenta de una parte mucho más substancial del conocimiento producido que el método utilizado para producirlo. Utilizada desde una perspectiva epistemológica antipositivista, la experimentación puede generar unos resultados más satisfactorios que los que generaría una epistemología positivista que no recurriera a la experimentación. Si se acepta que el determinante, en última instancia, no radica en el método sino en la potencia, el rigor y la pertinencia del marco teórico en el que se generan y valoran los datos empíricos y a partir del cual se utilizan los métodos, entonces, se debe reconocer la esterilidad de los «partidismos metodológicos», aunque se acepte el esfuerzo por construir nuevos enfoques metodológicos. El eclecticismo metodológico no produce, ni de lejos, los mismos efectos negativos que los eclecticismos teóricos, y quizás se podría reivindicar aquí la opinión de FEYERABEND (1981) de que «todo vale». Esta afirmación no significa menosprecio alguno por el rigor metodológico, ni sugiere tampoco el abandono de las exigencias propias de las «técnicas de administración de la prueba». En efecto, aunque se rechace la concepción «verificacionista» de la ciencia y se adopten criterios refutacio-

nistas o falsacionistas de corte popperiano, siempre permanece la necesidad de utilizar procedimientos rigurosos de «administración de la prueba» para refutar las teorías, aunque sean pruebas relativas, epistemo-históricamente marcadas y tan solo provisionales. La experimentación «dura», la experimentación de campo, los enfoques correlacionales, los procedimientos de simulación, los *gedanke experimentz*, la recogida de datos por observación sistemática, las escalas de actitud o las encuestas, la observación participante, las técnicas de «cámara ingenua» propias de la etnometodología, el análisis de los «episodios», etc. constituyen una «caja de herramientas», ciertamente heterogéneas y cargadas de ingredientes teóricos dispares, en la que tienen que aprovisionarse sin autocensuras dogmáticas todos los psicólogos sociales que pretendan contribuir al desarrollo de su disciplina.

Bibliografía

- ALVIRA, F. *et al.*, 1979, *Los dos métodos de las ciencias sociales*, C.I.S., Madrid.
- BANDURA, A., 1978, «The self-system in reciprocal determinism», *Am. Psychol.* 33, pp. 344-358.
- BASHKAR, R., 1978, *A realist theory of science*, Leeds Books, Leeds.
- BRENNER, M. (ed.), 1980, *The structure of action*, Basic Blackwell, Oxford.
- DECONCHY, J.P., 1981, «Laboratory experimentation and social field experimentation: an ambiguous distinction», *Europ. J. Soc. Psychol.* 11, pp. 323-347.
- FEYERABEND, P., 1981, *Contra el método*, Tecnos, Madrid.
- FISH, R. y DANIEL, H.D., 1982, «Research and publication trends in experimental social psychology», *Europ. J. Soc. Psychol.* 12, pp. 395-412.
- GARZON, A., 1984, «La Psicología Social cognitiva», *Bol. de Psicol.* 3, pp. 77-98.
- GARRIDO, E., 1982, «La Psicología Social: cronista científica», *Rev. Psicol. Gen. Aplic.* 37 (3), pp. 569-572.
- GAULD, A. y SHOTTER, J., 1977, *Human action and its psychological investigation*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- GERGEN, K.J., 1973, «Social Psychology as history», *J. Pers. Soc. Psychol.* 26, pp. 309-320.
- HARRE, R., 1977, «The ethogenic approach: theory and practice», en L. BERKOWITZ (ed.), *Advances in experimental social psychology* 10, Academic Press, Nueva York, pp. 283-314.

- HEIDER, F., 1958, *The psychology of interpersonal relations*, Wiley, Nueva York.
- IBÁÑEZ, T., 1975, «Psicología y Psicociología: ¿Dos teorías o dos disciplinas?», *Cuad. Psicol.* 2, pp. 39-46.
- , 1982, «Aspectos del problema de la explicación en Psicología Social», *Rev. Psicol. Gen. Aplic.* 37 (1), pp. 161-171.
- , 1983a, «La crisis de la Psicología Social: apuntes para una lectura», *Rev. Psicol. Gen. Aplic.* 38, pp. 661-680.
- , 1983b, «La Psicología Social no existe», prólogo a J.M. BLANCH, *Psicologías sociales. Aproximación histórica*, Hora, Barcelona.
- , 1984, «El control social productivo: efecto "perverso" o mecanismo normal», *Actas del III Encuentro de Psicología Social*, La Laguna.
- JIMÉNEZ BURILLO, F., 1983, «Un modelo interdisciplinar de la Psicología Social», en J.R. TORREGROSA y B. SARABIA (eds.), *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*, Hispano-Europea, Barcelona, pp. 163-175.
- JUNG, J. (ed.), 1979, *El dilema del experimentador*, Trillas, México.
- KELMAN, H.C., «El uso humano de sujetos humanos: el problema del engaño en los experimentos de Psicología Social», en J. JUNG, (ed.), *op. cit.*, pp. 221-239.
- MEAD, G.H., 1965, *Espíritu, persona y sociedad*, Paidós, Buenos Aires.
- MEEHL, P.E., 1978, «Theoretical risks and tabular asterisks. Sir Karl, Sir Ronald and the slow progress of soft psychology», *J. Cons. Clin. Psychol.* 46 (4), pp. 806-834.
- MOLES, A., 1981, «Pensée rigoureuse et sciences de vague: du bon usage des mathématiques dans les sciences sociales», *Cah. Intern. Sociol.* 71, pp. 269-287.
- MOLES, A. y ROHMER, E., 1983, *Teoría de los actos*, Trillas, México.
- MORALES, J.F., 1981, *La conducta social como intercambio*, Desclée de Brower, Bilbao.
- MORÍN, E., 1981, *El método. La naturaleza de la naturaleza I*, Cátedra, Madrid.
- MOSCOVICI, S., 1970, «La psychologie sociale science en mouvement: sa spécificité et ses tensions», en D. JODELET et al., *La psychologie sociale, une discipline en mouvement*, Mouton, París, pp. 9-64.
- ORNE, M.T., «Sobre la Psicología Social del experimento psicológico», en J. JUNG (ed.), *op. cit.*, pp. 120-134.
- PAGES, R., 1980, *La notion d'emprise et l'interaction sociale: analyse critique, theorique et developpements experimentaux*, Laboratoire de Psychologie Sociale, París.
- POPPER, K.R., 1977, *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid.
- PRIGOGINE, I. y STENGERS, S., 1984, *La nueva alianza*, Alianza Universidad, Madrid.
- RIDRUEJO, P., «Potenciales implicativos del clima social», en J.R. TORREGROSA y B. SARABIA (eds.), *op. cit.*, pp. 269-291.
- RING, K., 1967, «Experimental social psychology: some sober questions about some frivolous values», *J. Exp. Soc. Psychol.* 3, pp. 113-123.
- ROSENTHAL, R., «Sobre la Psicología Social del experimento psicológico», en J. JUNG (ed.), *op. cit.*, pp. 171-193.
- SARABIA, B., «Limitaciones de la Psicología Social experimental. Necesidades de nuevas perspectivas», en J.R. TORREGROSA y B. SARABIA (eds.), *op. cit.*, pp. 73-115.

- SEOANE, J., 1981, «Problemas epistemológicos de la Psicología actual», en V. PELECHANO, J.L. PINILLOS y J. SEOANE, *Psicologema*, Alfaplus, Valencia, pp. 11-25.
- SMITH, S., RICHARDSON, D. y HENDRICK, C., 1980, «Bibliography of Journal Articles in Personality and Social Psychology: 1979», *Pers. Soc. Psychol. Bull.* 6 (4), pp. 606-636.
- TAYLOR, Ch., 1964, *The explanation of behavior*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- TORREGROSA, J.R., 1974, *Teoría e investigación en la Psicología Social actual*, Instituto de la Opinión Pública, Madrid.
- TORREGROSA, J.R. y SARABIA, B. (eds.), 1983, *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*, Hispano-Europea, Barcelona.
- VON CRANACH, M. y HARRE, R., 1982, *The analysis of action. Theoretical and empirical advances*, Cambridge University Press, Cambridge.
- VON WRIGHT, G.H., 1979, *Explicación y Comprensión*, Alianza Universidad, Madrid.
- ZIMBARDO, P.G., 1975, «La Psicología Social, una trama y una escenificación en busca de realidad», en S. MOSCOVICI (ed.), *Introducción a la Psicología Social*, Planeta, Barcelona, pp. 107-134.